

LA POESÍA DE CORAL BRACHO

Verónica Murguía

LA POESÍA DE CORAL BRACHO

Verónica Murguía

Atención: Víctor Cabrera

Colección *Material de lectura* de la UNAM. 2021

La poesía de Coral Bracho (Ciudad de México, 22 de mayo de 1951) es, como se lee en un verso de su poema “Que caiga esa lluvia fina”, “... un mensajero que, empapado y ardiendo en fiebre, / viene de lejos. / Trae los pliegos, /trae las palabras.”

Este heraldo, al mismo tiempo poderoso y frágil “que trae las palabras”, nos muestra en los pliegos, en los versos que éstos contienen, en las imágenes que convoca, el mundo entero. El mundo, mirado con atención reconcentrada por el espíritu “ardiendo en fiebre”, es traducido y recreado con un vocabulario personalísimo, al mismo tiempo exuberante y sobrio, semejante a un follaje gótico tallado en piedra. Cada objeto o fenómeno sobre el que Bracho fija su atención, se manifiesta y desnuda ante el lector, atravesado por la luz de una inteligencia que lo interroga serenamente o que lo explora con una sensualidad que incluye los cinco sentidos y de la que están ausentes tanto las convenciones manidas del amor sexual, como el yo confesional. Ya se trate del agua que toca con “acuáticos” dedos o labios; del tiempo que se abre como un fruto y muestra el oro del otoño o hasta el rocío de un aspersor que ante la mirada de Bracho se convierte en un tamiz que filtra y aviva fragancias, colores, temperaturas y visiones, la variedad de lo que examina demuestra que no hay nada en el mundo que sea deleznable bajo la luz de su poesía.

Su vocabulario, la forma en la que usa los superlativos y los pronombres, crea un sistema en el que se mezclan sabiamente las palabras de uso diario con otras que parecen llegar desde el fondo de paisajes lejanos y que, sin embargo, se explican solas por su disposición

en el verso. Un libro como *El ser que va a morir* (1981) es una especie de diario de viaje poético donde las descripciones arquitectónicas se confunden con las de los ámbitos y el tacto del cuerpo del amado. *El ser que va a morir* es un libro de los sentidos, de la intensidad de la percepción ante la certeza de nuestro paso efímero por la vida. Cuando describe el agua, el poema no aborda solamente el agua, sino la humedad, la fluidez, la frescura y la sed. En el amor Bracho describe más que el cuerpo, traspasa sus límites (“la noción litoral de tu piel”) y atestigua el ser que se confunde con lo que lo rodea por medio de la percepción. Como tanto de lo que Bracho escribe, *El ser que va a morir* es un poemario sobre la experiencia amorosa engastada en el mundo.

El lenguaje puede abarcar más, nos dice esta poesía. Puede llegar más lejos, expandir el significado si se utiliza sabiamente, si se aprehende con todo el ser. En la escritura de Bracho, los ojos se posan sobre cada objeto y fenómeno para experimentarlos con una intensidad tal, que entre la poeta y lo que mira se establece una alianza plena de amor, de reconocimiento y, en ocasiones, de dolor. A veces exuberante, otras sobria y rigurosa, la construcción de los poemas sirve al mismo tiempo a un estilo originalísimo y al tema que aborda.

Esta es una poesía que no sólo descubre la hermosura de lo minúsculo o lo difícil de explicar, sino que crea belleza en el acto de nombrar. En pocos poetas como en Bracho la forma es el fondo y viceversa: cada palabra está colocada con una deliberación y un instinto excepcionales. La necesidad de belleza se añade a la de la precisión. Poeta del paisaje, de la eternidad contenida en un segundo, de la luz y el amor, Bracho es capaz de transformar la descripción de una avispa que sobrevuela el agua en una hermosa estampa que intenta develar la multiplicidad del tiempo. El insecto, su vuelo sobre el agua “fluyendo siempre” es una

cifra del tiempo; la mínima distancia que recorre en su aleteo, describiendo “incesantes laberintos”. El poema “Trazo del tiempo” convierte la visita infantil de la poeta y su padre a una mina zacatecana es un descenso órfico que oscila entre la luz, “...el gozo ascendente” y el descenso a “... la oquedad nocturna/ de la mina,” pero aquí las miradas recorren “... la tibieza oscura, una encendida plenitud” y la calma que sienten padre e hija los levanta al tiempo que bajan.

Por eso, el poema con el que abre esta antología, “Esto que ves aquí no es”, representa un resquebrajamiento de la, usualmente, tersa superficie de su conciencia: “Es la palabra / que altera el orden / del furtivo universo”. En este poema, del libro *La voluntad del ámbar* (1998), Bracho retrata el acto del olvido, el vacío de la desmemoria, el vínculo entre lenguaje e identidad. Es un atisbo de la búsqueda y el registro que quedarán asentados diez años después en *Debe ser un malentendido*, de 2008. *Debe ser un malentendido* es la bitácora de una pérdida, la de la memoria. La poeta reintegra al mundo los vestigios de una conciencia que se dispersa, la restituye con todo y los vacíos, los espacios mudos, por medio del milagro de su lenguaje.

Esta atención, además, se ubica siempre a una distancia precisa e inusual. Cuando mira tan de cerca que se convierte en partícipe de lo que atestigua, Bracho suele usar la primera persona del plural, como en “Una piedra en el agua de la cordura” o el fragmento IX de *Ese espacio, ese jardín*. No es una primera persona del plural en el que se pierda el yo, no es el balido multitudinario de la manada, al contrario: es la afirmación escueta de que, quien escribe, sabe que alguien más ha visto, ha descubierto, ha escrito y dicho lo mismo, aunque quizás con otras palabras. Que es una poeta que escribe poesía y que la poesía tiene la edad del lenguaje. Que la participación en esta mirada es cuestión de leer, simplemente.

El talante filosófico o sensual de Bracho no se desentiende de las heridas en la vida colectiva: el devenir histórico, la violencia que se

esconde como una semilla venenosa en las acciones e ideas, la crueldad del mundo, el funcionamiento del poder político, el abismo en cuyo borde nos movemos, todo eso la preocupa y lo aborda sin aspavientos. La crueldad del mundo asoma en la mirada inyectada de un perro que se arroja sobre una mujer con un niño en brazos.

En el poema “Ya no se detiene el tren en estos pueblos” (*Marfa, Texas*, 2015) el tren es, al mismo tiempo, el cazador y la presa que muge. El doloroso lamento metálico con el que se anuncia, conjuga en su estridencia las voces de animales y hombres que han huido sin poder escapar. “Que ahí viene / que lo persiguen, que casi / no puede más, pero que no lo frenen/ no lo detengan...”

Metamorfoseado en un fantasma, mitad animal, mitad máquina, un monstruo que aniquila lo que encuentra a su paso porque no puede detenerse, sin consuelo, sin libertad, el tren que ya no puede frenar es el símbolo de aquellos que migran, con “su temor cansado, / con su incierta ansiedad”. Es este tren la interminable fila de aquellos que han hollado todos los caminos, todas las veredas, en busca de la supervivencia. En este mismo libro Bracho registra la violencia que ejercemos sobre los animales y el carácter selectivo de las formas más pueriles de la compasión (“Reacción en cadena”), así como el extraordinario momento en el que vivimos (“Facilidades para desviar e invertir”).

Leer a Bracho es permitir la entrada en la conciencia de una poesía que como “la piedra/ que va a caer/ cambia el pozo / y el agua...” nos dejará más expuestos, más sensibles y más vivos. Ω